



JOSE ARICO

Pensar entre reflejos desplazados

Emilio de IPOLA

a Teresa

*«El pasado sólo habla directamente
de las cosas que no han sido transmitidas»
(Hannah Arendt: *El pescador de perlas*)*

Quisiera comenzar expresando algo que, estoy seguro, es compartido por muchos de los que aquí estamos. Meses atrás habíamos juzgado atinado en el Club de Cultura Socialista realizar un homenaje a José Aricó al cumplirse el primer año de su muerte, homenaje cuyo espíritu fuera comenzar a sustituir el duelo por el estudio, el sentimiento de pérdida por el de recuperación y valorización de su legado. Debíamos referirnos no ya a la ausencia de Aricó sino a todo aquello que nos había quedado de

su presencia entre nosotros, de su presencia *con* nosotros. Por cierto, teníamos razón en hacerlo, pero quizás no nos atrevimos a evaluar entonces el inevitable escollo que, llegado el momento, se nos opondría. No hace tanto tiempo, finalmente, que las palabras de Pancho, a pesar del ruido de la calle y de la frecuente claudicación del micrófono del Club, llegaban, siempre nítidas, a nuestros oídos. No hace tanto tiempo que dejamos de escuchar su mordacidad amistosa y su fácil lucidez. Hace muy poco, en fin, que le dijimos adiós y su presencia, en todo este año, se ha empeinado en no querer alejarse de nosotros. Demasiadas cosas de cada una de nuestras vidas aluden a él, demasiadas situaciones lo evocan; son incontables los momentos en que percibimos la falta que nos sigue haciendo.

Pero el propio Pancho nos alentaría a hacer el esfuerzo de desplazarnos un poco, desde la fascinación obstinada por una ausencia que todavía no queremos aceptar hacia aquello que de él perdura y que él consideraba una de las mejores maneras de perdurar: sus textos, sus escritos, las palabras que bajo diversas formas dejó inscriptas en nosotros. Y estaría en coherencia con la índole de su humor advertirnos que sería ingrato de nuestra parte el limitarnos a llorarlo, cuando tantas cosas hay todavía por hacer con lo que nos ha dejado. Empecemos, pues, a hacerlo.

Quisiera tomar como hilo conductor un aspecto que creo central de los escritos de Aricó. Me refiero a la relación de esos escritos con la tradición cultural, con el pasado, no como categoría histórica, sino como modalidad de referencia intelectual, como «modo de pensar en el mundo» y también como modo de pensar el mundo.

Sabemos que Marx ofició de punto de referencia central en la reflexión de Aricó. Un Marx solitario, un Marx sin Engels y sin Lenin y, como bien señala Portantiero, desembarazado de la herencia marxista. Un Marx, en fin, enormemente flexible y hospitalario, pero que no dejaba nunca de estar presente en su reflexión. Sin duda Gramsci y Mariátegui, también referentes claves de Aricó, eran marxistas, pero la relación de uno y otro con Marx no era lineal, estaba ya como descentrada y era ese descentramiento lo que interesaba a Aricó.

Pero más que de su concepción de la obra de Marx me interesa hablar, como dije antes, de esa manera en que Aricó fue construyendo una relación propia, singular, con las tradiciones culturales y en que, al mismo tiempo, fue definiendo en esa construcción una modalidad también singular de interrogar y de situarse en el presente. Pasado y presente: esa fórmula que inevitablemente retorna cuando lo recordamos tiene, creo, resonancias diversas y nada triviales en la escritura de Aricó.

Cuando apareció su libro *Marx y América Latina*, al que he de referirme enseguida, no era la exégesis de Marx sino los temas de la crisis e incluso de la bancarrota del marxismo lo que estaba en el orden del día. Y esto Aricó lo sabía. Sabía que la ruptura en la tradición marxista y el cuestionamiento global de esa tradición que tuvieron lugar durante la década de los setenta eran irreparables. Pero, aún conservando la referencia a Marx, no por ello dejó de comprender que tenía que descubrir nuevas formas de habérselas con el pasado. En esa tentativa supo entender que ya no era (ni le era) posible referirse al pasado como tradición a prolongar y a profundizar; que la relación al pasado, mediada por los desafíos y las provocaciones del presente, se había subvertido profundamente. No era ya la bella continuidad que, en virtud de una cadena amorosa en perfecta coincidencia con la cronología, nos convertía en herederos universales de tal o cual linaje teórico o doctrinario; era una relación diferente y más compleja que abordaba el pasado desde el presente y que se constituía, como dice Hannah Arendt a propósito de Benjamin, según el modo de un buscador de perlas, que acepta sin reticencias la perfección de lo que encuentra sin prestar atención al paisaje que lo rodea. Es cierto que para Aricó había regiones preferidas de ese pasado y que una de ellas llevaba el nombre de Marx. Pero nada más ajeno a su intención que la idea de «desarrollar» a Marx, «prolongando», por ejemplo, el análisis de la estructura con el de la superestructura o «profundizando» las ideas de Marx sobre la ideología o sobre la política. Siempre tomó a Marx a ras de texto; nunca pretendió explicar qué quiso decir sino, a lo sumo, por qué dijo tal o cual cosa. El pasado era para él una especie de tesoro sin tiempo. Y Marx también.

Aricó sabía además que el marxismo estaba entrando en una fase de su historia en la cual podría inspirar y orientar análisis y aún conservar un importante valor heurístico, pero también en la cual ya no sería verdadero en el sentido en que él y muchos de nosotros lo habíamos creído verdadero; que las duras y decisivas experiencias políticas de los años setenta y los avatares imprevisibles de la historia de las teorías, habían instalado al marxismo en un régimen de verdad diferente («segunda», diría Merleau-Ponty). Y Aricó sabía sobre todo que la historia del pensamiento no pronuncia juicios sumarios del tipo: esto es verdadero, esto es falso. Que, como a toda historia, le ocurre adoptar decisiones sordas: embalsamar a ciertos autores, transformarlos en piezas de museo, o al contrario mantenerlos tozudamente en actividad, no porque haya entre sus teorías y una «realidad» supuestamente invariable quién sabe qué milagrosa adecuación —esta verdad puntual interesaba poco a Aricó: no la consideraba ni suficiente ni tampoco necesaria para que una doctrina fuera grande—, sino porque esos autores, más allá de sus enunciados y de sus demostraciones, continúan hablándonos y nosotros, más allá de las mudanzas de la historia y la incuria del tiempo, continuamos escuchándolos. Son los *clásicos*. Se los reconoce en el hecho de que

su obra existe para *no* ser tomada al pie de la letra, y en que, sin embargo (o justamente por eso), los hechos nuevos no están nunca absolutamente fuera de su competencia: siempre logran extraer de esos hechos nuevas resonancias y descubrir en ellos nuevos relieves. Como dice Borges, a los clásicos se los lee «con previo fervor y una misteriosa lealtad».

En Aricó la referencia a Marx fue ante todo la meditación sobre y a partir de lo que él consideraba un clásico. Sólo que, para Aricó, Marx no era un clásico más: era —digamos— *su* clásico, es decir, en verdad, algo más que un clásico. Sin embargo, nunca se resignó a comentarlo ni a interpretarlo, sino que elaboró, como dije, una manera propia de abrirse camino en su obra.

Vuelvo sobre *Marx y América Latina*. De ese libro me interesa, en continuidad con lo que planteé al comienzo, el modo en que el pensamiento de Aricó, interrogándose sobre un escrito de Marx y también —punto que retomaré— sobre lo que podríamos llamar la condición latinoamericana, se franquea, a veces a brazo partido, su camino. Creo que lo hace a través de una repetida confrontación al cabo de la cual sujeto y objeto de la reflexión, cada uno por su lado, se desplazan, se desdibujan y se escinden, dejando sin embargo como cociente un resto de sentido, precario sin duda, pero irreductiblemente resistente y valioso. Y creo además que ese continuo desplazamiento proporciona una clave importante del recorrido del pensamiento de Aricó.

¿Cuál es la cuestión en juego, quiero decir la cuestión visible del problema que afronta Aricó en *Marx y América Latina*? En principio, dar cuenta de un desconcertante artículo de Marx, en el que éste, para consternación de todos nosotros, se empecina en denigrar, con toda suerte de argumentos de baja calaña, a Simón Bolívar e, indirectamente, a descalificar a los procesos de emancipación hispanoamericanos. ¿Cómo pudo cometer Marx esa imprudente *gaffe*? Aricó toma por supuesto en serio el texto de Marx, pero para no quedarse en él, para hacer de él un punto de partida y, en esa medida, literalmente un pre-texto. Algunos índices lo muestran casi con gracia. Por ejemplo, el hecho de que en todo el libro de Aricó hay apenas dos citas y media del artículo de Marx (el que es confinado al apéndice del libro, un poco como prueba de que ese artículo existía). Dos citas y media en un texto en el que las citas, *otras citas*, desempeñan un papel estratégico clave.

«Las citas en mis trabajos son como ladrones junto a la carretera que realizan un ataque armado y exoneran a un holgazán de sus convicciones.» Esta frase, también una cita, de Benjamin quizás ayude a comprender cómo se moviliza la indagación de Aricó. En *Marx y América Latina*, partiendo de un escrito poco frecuentado, el *Bolívar*

de Marx, muestra que existe un modo de librarse sin gran pena del desconcierto que su lectura provoca: hay al fin y al cabo un Marx convencional, lo que no quiere decir irreal o inexistente, presunto fundador de una ciencia llamada materialismo histórico, evolucionista, economicista y eurocéntrico. Dentro de los marcos de ese Marx estándar el artículo sobre Bolívar sólo desentona por algún adjetivo demasiado exacerbado o algún juicio demasiado rencoroso: nada grave, en suma. Ese texto a primera vista lateral, extraño, impropio, sería, miradas las cosas desde la gramática del Marx estándar, un texto normal.

Es entonces que Aricó llama a comparecer a otros textos, da cita a otras citas, como quien exhibe el tesoro escondido de un coleccionista y también como quien esgrime cartas secretas y gana inesperadamente una partida que parecía perdida. Y estas citas sí son extrañas, laterales, «fuera de lugar». Un Marx que asume la cuestión nacional, un Marx que pone en tela de juicio el carácter civilizatorio del capitalismo en las colonias, un Marx que descrea de la evolución necesaria de las formas de producción, un Marx, en fin, que rechaza con vigor la idea de convertir su «esbozo de la génesis del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico-filosófica de la marcha general impuesta fatalmente a todos los pueblos en cualquier situación histórica en que se encuentren» (carta de Marx a la revista rusa *Otiéchestvienné Zapiski*, 1877). Pero desde su atopía, desde su esencial descentramiento, esas citas trazan los contornos de un Marx diferente, de un Marx insólito, e iluminan incluso con otra luz el mismo panfleto sobre Bolívar.

Por cierto, éste sigue siendo indefendible. Pero, para Aricó, la incompreensión de Marx acerca de América Latina comienza a revelar su alcance exacto conforme vamos revelando nosotros nuestra propia incompreensión acerca de Marx. Marx no entendió el sentido del proyecto bolivariano porque descreía de las empresas puramente estatales y porque no entraba en su cabeza la idea de que el Estado fuera capaz de una productividad política propia. No se equivocaba al señalar los rasgos autoritarios de dicho proyecto; se equivocaba al reducir este último a esos rasgos, al no advertir que había en Bolívar otra cosa que puro autoritarismo. Por otra parte, Marx no entendió (no vio) la dinámica de fuerzas que desde la sociedad daban consistencia al proyecto bolivariano. No se equivocaba tanto, puesto que esas fuerzas sociales eran débiles y minoritarias; pero, con todo, se equivocaba, porque, aun en estado larval, esas fuerzas existían y Marx no supo o no quiso reconocerlas. Pero, ¿en virtud de qué limitaciones, de qué imposibilidades pudo Marx incurrir en ese doble error, cuya más visible consecuencia fue el deplorable texto sobre Bolívar? Aquí Aricó opera un nuevo desplazamiento: ese Marx desubicado no fue el Marx economicista y eurocéntrico que todos conocíamos; fue el Marx complejo que desconocíamos, el Marx liberado del evolucionismo, el

Marx no mecanicista, el Marx irreductible a sistema alguno, inquieto por lo nuevo y también el Marx que desconfiaba profundamente de toda iniciativa emanada solamente del Estado, que despreciaba a los salvadores de la patria, civiles, militares o eclesiásticos y que depositaba lo mejor de sus esperanzas en la dinámica de la sociedad, en la acción autónoma de las clases y fuerzas sociales. Sólo que, encandilado por ese antiestatalismo intransigente, creyó descubrir en Bolívar una suerte de torpe caricatura del ya caricatural Luis Napoleón Bonaparte y, desatendiendo sus propias convicciones, no prestó atención a las voces que, aun en sordina, se hacían oír desde abajo, desde el lejano fondo de una sociedad embrionaria pero viva. Queda en pie el hecho paradójico de que no fueron las simplificaciones mecanicistas del Marx convencional, sino más bien las complejas e insospechadas virtudes del Marx imprevisto que Aricó nos revela lo que estuvo en el origen de su incompreensión de Bolívar y de América Latina.

Pero la medalla tiene también su reverso; por otro lado, en efecto, la América Latina que Marx no supo ver era, no una América Latina pujante y grávida de promesas eufóricas: era en cambio la realidad penosa de países desgarrados que a pesar de todo pugnaban malamente por existir y consolidarse. Dicho de otro modo, si el análisis de Aricó muestra que Marx no supo captar la especificidad latinoamericana, no se desprende de dicho análisis la idea de quién sabe qué singularidad inaprehensible y original en que dicha especificidad consistiría. Se desprende más bien la afligente comprobación de una América Latina endeble y dividida, cuya viabilidad, por lo demás, estaba lejos de ser evidente.

Así pues, un difícil contrapunto de reflejos sutilmente distorsionados esconde la demostración de Aricó. No hemos comprendido cabalmente las razones por las cuales Marx no nos ha comprendido. Se trata entonces de hacer ver que el mismo Marx puede hacernos el porqué de su propia ceguera respecto de nosotros. Pero ello requiere que veamos aquello que no habíamos visto o habíamos visto mal en Marx. Resultado de la operación: un Marx desarticulado y atípico, un Marx insituable, y también la frágil figura de un objeto —América Latina— que se recompone precariamente sólo para la mirada desolada y sin apoyaturas —la nuestra— que, así, laboriosamente, se ha constituido.

Hay algo que va más allá tanto de la anécdota y los nombres propios como de los sistemas teóricos y las adherencias ideológicas en esta elaborada y por momentos ardua reflexión de Aricó sobre el *Bolívar* de Marx. Poco importa decidir si este último fue o no un texto de circunstancia; me atrevería incluso a afirmar que tampoco importa, en el fondo, determinar si la lectura de Aricó posee o no pertinencia teórica o filológica. A mi entender, la operación *Marx y América Latina* modeliza una forma ejemplar de relación al saber y a las

tradiciones culturales en la que se encarna, creo, lo más valioso y permanente del aporte de Aricó.

Emilio de Ipola

Se ha hablado no sin fortuna de las teorías y de los conceptos como «cárceles de larga duración». Me gustaría llamar la atención sobre esa doble circunstancia de que si, por un lado, Aricó era de nosotros quien más resueltamente afirmaba su adhesión a una línea de pensamiento, podía al mismo tiempo, más que ninguno de nosotros, dar pruebas de una prodigiosa fineza y ductilidad en sus análisis, en su visión de los problemas y en su forma de encarar teórica y prácticamente la política. Esa dinastía más bien frugal que partiendo de Marx se prolongaba en Gramsci y Mariátegui, lejos de acogerse a las figuras cerradas de un triángulo o un círculo, representaba para él una suma de hitos plantados en un inmenso territorio sin contornos en el que —así lo pensó siempre Aricó— valía la pena aventurarse.

Debo a Oscar Terán esta cita de Theodor Adorno hallada entre los papeles para el libro sobre Juan B. Justo en el que Aricó trabajaba. Dice Adorno y también Aricó: «...se puede conocer claramente lo que de veras hay en un pensamiento a partir de manifestaciones excéntricas que aparentemente no están tan estructuradas como la gran filosofía oficial, pero en las que el pensamiento se suelta, por así decirlo (...) Se puede sacar más de la auténtica sustancia de un pensamiento de tales manifestaciones excéntricas, y quizá en cierto sentido periféricas, que de las oficiales». Marx, Gramsci, Mariátegui fueron sin duda para Aricó grandes pensadores, pero su grandeza estaba sobre todo —no exclusivamente— en sus borradores, en sus notas al margen, en sus cartas, en lo que se encuentra por azar o mirando de reojo en sus textos, publicados o inéditos.

Juan Carlos Portantiero escribió hace poco en *La Ciudad Futura* algo a lo cual alguna vez hicimos alusión, con amistoso humor, entre nosotros. Dice Portantiero que Aricó «era algo más que un erudito en Marx» y que «a veces nos hacía pensar, en broma, que buena parte de los manuscritos de Marx que publicaba habían sido escritos por él». La imagen arendtiana, referida a Benjamin, del buscador de perlas, del gran coleccionista de citas y de libros (ambas cosas fue Aricó) vuelve a imponérsenos. Ella evoca con justeza esa relación singular al pasado a la que aludí al comienzo y que, según creo, define algo esencial del pensamiento y quizá de la vida de Aricó.

Quisiera concluir haciendo algunas reflexiones que, sin alejarse de la materia que dio ocasión a mis palabras, se centran más bien en lo que, y para ir rápido, llamaré el trazado formal del itinerario a través del cual Aricó despliega su indagación. A decir verdad, no elegí como texto de referencia a *Marx y América Latina* sólo porque es el más célebre de los escritos de Aricó. Lo elegí además porque, como también se dijo, Aricó fue, de entre nosotros, quien más se interrogó, a partir

de su exilio mexicano, sobre lo que llamé la condición latinoamericana, sobre las problemáticas cartas de identidad de América Latina y las no menos problemáticas cartas de identidad del intelectual latinoamericano.

No llegó sobre ese punto a ninguna conclusión. No podía llegar a ninguna, y creo que Aricó lo sabía, porque estaba en la naturaleza de lo que buscaba el no dejarse ceñir según los cánones de una definición positiva. O quizás porque, si definición había, ella se desplegaba en esa búsqueda misma, ella *era* esa búsqueda. Pero tal vez yo pueda en cambio autorizarme a llegar a una conclusión, que será también la de esta conferencia. Creo que si algo como el intelectual latinoamericano existe, ese juego de espejos desplazados de que hablé antes, ese juego de espejos que se envían mutuamente destellos intermitentes y dispersos de luz —es así como percibo, reducido a su expresión esencial, el itinerario de Aricó— nos ofrece quizá la imagen más descarnada y más auténtica. Si algo como el intelectual latinoamericano existe, existe en la figura ejemplar y entrañablemente querida de Pancho Aricó, como la unidad virtual de anhelos, de interrogantes, de confrontaciones, de diálogos, de citas y de palabras fragmentadas que un tiempo y un espacio no menos escotomizados enhebran, desenhebran y vuelven a enhebrar permanentemente.
